

ginalmente, esto sería a la altura de los cabezos del río La Plata, en lugar de un punto sobre la Maestra situado al este del firme de Palma Mocha.

Por supuesto, todo lo anterior es pura especulación. El hecho cierto es que entre el 12 y el 13 de junio, Sánchez Mosquera inició un cambio de dirección —no puede hablarse en propiedad de un repliegue, y mucho menos de una retirada—, y el día 16 ya el mando rebelde estaba plenamente apercibido de las implicaciones de ese cambio. Además de las medidas antes mencionadas, comencé a preparar en La Plata una escuadra de siete combatientes al mando de Huber Matos, armados todos con fusiles Garand, a los que pensé agregar dos más de la escuela de reclutas que pedí al Che.

Huber Matos, por cierto, era capitán por haberse distinguido en la construcción de trincheras. Había llegado a la Sierra en el avión que trajo a Miret y otros valiosos compañeros con dos ametralladoras 50, varias carabinas San Cristóbal y 100 000 balas de carabina M-1, que enviaba un amigo de la Revolución Cubana. Llevaba solo unos meses en la Sierra Maestra. Posteriormente, resultó ser un ambicioso y un traidor, que utilizaba los trucos anti-comunistas para sembrar intrigas. No por ello ignoramos su participación en las acciones donde estuvo presente.

Este grupo salió de La Plata a reforzar a Paco Cabrera Pupo en el alto de El Cacao al amanecer del día 17. Ya a esa altura, yo estaba convencido de que por ahí era por donde el enemigo intentaría penetrar.

Ese mismo día llegó el Batallón 11 a El Cacao. Desde el día anterior, Paco Cabrera Pupo había ocupado la posición indicada por mí en el alto. Allí sus hombres cavaron algunas trincheras a lo largo del filo del firme, en un terreno completamente descubierto. Cerca de ellos, a pocos centímetros de metros a la izquierda, estaban las casas de los campesinos Hilde Álvarez y Elpidio Cedeño, de quienes dependían durante su estancia allí para obtener un magro abastecimiento.

Tendidos en sus trincheras poco profundas, entre la hierba de guinea, los combatientes podían ver apenas algunas de las casas de El Cacao, abajo. La ladera que descendía delante de ellos hacia el valle estaba cubierta por un monte tupido, a través del cual serpenteaba en su ascenso el camino que presuntamente tomaría el enemigo si quería ganar el alto. Enfrente, a más de un kilómetro en línea recta, la prolongación del firme de Providencia hacia el Este cerraba casi todo el panorama. Detrás de ese firme y a la derecha, surgía otro alto, al que en la zona daban el nombre del Infierno.

A la izquierda, el estrecho filo del alto de El Cacao empata con el firme de la loma de El Brazón, cuya altura no sobrepasa la de aquel, mientras que a la derecha comienza a elevarse sin interrupción la falda imponente de la loma del Gallón. Detrás y abajo, muy abajo, Santo Domingo y el río Yara. A su espalda, el puñado de hombres que traía bajo su mando Paco Cabrera Pupo tenían una falda abrupta y pelada que cae 200 metros más abajo a la profunda cañada por donde se desliza entre el monte, a su encuentro con el Yara, el manso arroyo de Santo Domingo. Algunos campesinos habían edificado sus viviendas cerca del arroyo, en el fondo de la cañada, y le dieron al lugar, váyase a saber por qué, el nombre de La Manteca.

El 17, poco antes de la salida del sol, apareció el enemigo. Todavía estaba muy lejos. Ascendió desde El Verraco al firme del Infierno y comenzó el descenso hacia El Cacao. A esa misma hora, aproximadamente, apresté en La Plata el refuerzo y lo envié a Santo Domingo. A media mañana llegó el mensaje de Paco Cabrera Pupo en el que me informaba que el enemigo bajaba a El Cacao.

Los próximos movimientos de esta tropa estuvieron ya completamente claros para mí. Traían la misión de ocupar Santo Domingo. Defender este punto se convirtió en la máxima prioridad. La ocupación de Santo Domingo entrañaba un doble peligro: primero, la presencia de una tropa enemiga al pie mismo del corazón rebelde en La Plata; segundo, el debilitamiento de las posiciones avanzadas rebeldes en Providencia y Casa de Piedra, que tendrían al enemigo río arriba a sus espaldas. No en balde lo segundo fue lo que más me preocupó en ese



Raúl conversa con un niño de la Sierra.

momento, a pesar de que el peligro táctico era inmediato. Pero yo sabía perfectamente que, a la hora de la verdad, un puñado de hombres sabrían defender hasta el final la subida al firme de la Maestra por El Naranjo.

Para conjurar la nueva amenaza pedí con urgencia al Che que me enviara desde Minas de Frío una escuadra de seis hombres armados de M-1, al mando de Geonel Rodríguez, a los que pensaba enviar también de refuerzo al alto de El Cacao. Se trataba del personal de reserva con que contaba el Che para defenderse de cualquier intento de penetración del enemigo a las Minas desde San Lorenzo, pero una vez más se impuso en nuestras evaluaciones tácticas la primordial importancia del peligro inmediato.

Sánchez Mosquera estableció campamento al mediodía del día 17 en El Cacao, y envió rumbo a Estrada Palma un arria de mulos en busca de suministros.

Ese día me llegaron a La Plata diversos rumores e informaciones en el sentido de que ya el enemigo había efectuado el cruce hasta Santo Domingo. De ser así, los acontecimientos se habían precipitado en relación con mis cálculos. Mientras esperaba recibir confirmación de estas noticias de parte de Paco Cabrera Pupo, el jefe que había situado a cargo de la zona, tomé preventivamente, no obstante, diversas medidas. Ordené a Félix Duque que, de ser cierta la información, avanzara por el Yara, río arriba, y se situara lo más cerca posible del enemigo, con el fin de abrirle fuego y contenerlo si intentaba explorar río abajo; y a Eddy Suñol que se replegara río arriba para organizar la defensa de la entrada del río desde Providencia.

Estas disposiciones tenían un doble propósito. El inmediato era obvio, pero más significación tenía el que lo era menos. Aun cuando resultara falsa la noticia, yo estaba convencido de que sería muy difícil impedir la entrada del enemigo en Santo Domingo. Y como siempre procuré, y sigo procurando, ir por lo menos dos o tres pasos por delante de los acontecimientos, ya estaba formando en mi mente la idea de tender un cerco a la tropa que lograra penetrar en Santo Domingo.

Mientras tanto, el refuerzo había llegado al alto de El Cacao. Después de evaluar la situación sobre el terreno, Paco Cabrera Pupo y Huber Matos llegaron a la conclusión de que las posiciones en el alto no eran propicias. Consideraron, en primer lugar, que la tropa enemiga que subiera por la falda de El Cacao tenía la posibilidad de desplegarse y protegerse en el monte, una vez que sintiera fuego desde el alto, y rodear con relativa facilidad las posiciones rebeldes. Estas, además, quedaban descubiertas, malamente disimuladas entre la hierba de guinea y expuestas a un fácil ataque aéreo. Por últi-

mo, la retirada tendría que efectuarse por la abrupta ladera de La Manteca, muy pelada y de trabajoso descenso, con la agravante de que ya el enemigo tendría tomado el alto.

Estas consideraciones, a mi juicio, podían tener cierta validez, pero partían de la premisa de abandonar la posición del alto y, como principio, siempre era preferible una fuerza guerrillera bien atrincherada cuando se trataba de contener a una tropa de infantería en ascenso. No obstante, Paco decidió trasladar su emboscada más atrás, al punto donde el camino que baja del alto de El Cacao a Santo Domingo cae por primera vez en el arroyo. El lugar, escogido después de una rápida exploración, tenía ventajas indiscutibles, y también inconvenientes. La fuerza rebelde podía ocultarse entre el monte y tomar posiciones no solo en el arroyo, sino también, a los dos lados, en las pendientes laderas del fondo de la cañada. Por otra parte, todo hacía suponer que el enemigo, que en ese momento llevaba cinco días sin encontrar resistencia, avanzara en orden de marcha de hilera a lo largo de todo el camino, sin precauciones especiales. Lo tupido del monte y lo escabroso del terreno harían dificultosa cualquier maniobra de rodeo que pudieran intentar los guardias después de caer en la emboscada. En suma, se trataba de un lugar propicio para efectuar una resistencia momentánea y causar cierto número de bajas al enemigo. Pero no parecía ser una posición defendible por tiempo indefinido, sobre todo, con tan poca cantidad de hombres. El plan de Paco Cabrera Pupo consistía en repetir pequeñas emboscadas del mismo tipo a lo largo del descenso hasta el río, pero conociendo de antemano que sería improbable impedir la llegada del enemigo hasta Santo Domingo.

En la noche del 17 recibí el informe de Paco acerca de las disposiciones adoptadas y, por tanto, la confirmación de que el enemigo no se había movido de El Cacao. En consecuencia, revisé las órdenes enviadas a Duque y Suñol en el sentido de que esperaran a que los guardias llegaran a Santo Domingo antes de realizar los movimientos que les había orientado anteriormente. La flexibilidad táctica que caracterizaba nuestra actuación nos permitía elaborar un nuevo plan de acuerdo con la situación cambiante. Al amanecer del 18 le comuniqué al Che mi apreciación de que el enemigo lograría penetrar en Santo Domingo:

*[...] en cuyo caso trataríamos de embotellarlo en la casa de Lucas [Castillo] y aprovechando las ventajas del terreno, no dejarlos subir ni bajar por el río, ni entrar para acá [para el alto de El Naranjo y La Plata], mientras Suñol quedaría impidiendo el avance desde Providencia.*

Para ello yo contaba con cerrar el río por abajo con Duque, y por arriba con Lalo Sardiñas, a quien